

Blanchot, Maurice. "La razón de Sade". En *Lautréamont y Sade*. Traducción de Enrique Lombera Pallares. México: FCE, 1990, pp. 11-63.



Maurice Blanchot

LA RAZÓN DE SADE

En 1797 apareció en Holanda *La nueva Justine o las desgracias de la virtud seguida de la historia de Juliette, su hermana*. Esta obra monumental, de cerca de 4.000 páginas, que su autor había preparado a través de varias redacciones que aumentan aún más su extensión, trabajo casi sin fin, de inmediato espantó al mundo. Si hay un infierno en las bibliotecas, es para semejante libro. Hemos de admitir que en ninguna literatura de ninguna época ha habido una obra tan escandalosa, que como ninguna otra haya herido más profundamente los sentimientos y los pensamientos de los hombres. ¿Quién, actualmente, se atrevería a rivalizar en licencia con Sade? Sí, podemos pretenderlo: tenemos allí la obra más escandalosa jamás escrita. ¿No es un motivo para preocuparnos? Tenemos la suerte de conocer una obra más allá de la cual ningún otro escritor, en ningún momento, ha logrado aventurarse. ¿Tenemos, pues, de alguna manera en la mano, en este mundo tan relativo de la literatura un verdadero absoluto, y no intentamos interrogarlo? ¿No pensamos en preguntarle por qué no se le puede superar, lo que hay en el excesivo, eternamente demasiado fuerte para el hombre? Extraña negligencia. Pero, ¿tal vez será tan puro el escándalo a causa de esta negligencia? Cuando vemos las precauciones que ha tomado la historia para hacer de Sade un enigma prodigioso, cuando pensamos en esos 27 años de prisión, en esa existencia confinada y prohibida, cuando ese secuestro atenta no sólo contra la vida de un hombre, sino contra su supervivencia, al punto de que poner en secreto su obra parece condenarlo, aún vivo, a una prisión eterna, llegamos a preguntarnos si los censores y los jueces que pretenden encerrar a Sade no están al servicio del mismo Sade, no realizan los votos más vivos de su libertinaje, el que siempre aspiró a la soledad de las entrañas de la tierra, al misterio de una existencia subterránea y reclusa. Sade, de diez maneras, formuló esa idea, la de que los más grandes excesos del hombre exigían el secreto, la oscuridad del abismo, la soledad inviolable de una celda. Ahora bien, cosa extraña, son los guardianes de la moral quienes, al condenarlo al

secreto, se han hecho junto con él los cómplices de la más baja inmoralidad. Es su suegra, la puritana Madame de Montreuil, la que, al hacer de su vida una prisión, hace de esa vida la obra maestra de la infamia y del desenfreno. E igualmente, si después de tantos años *Justine et Juliette* continua pareciéndonos el libro más escandaloso que pueda leerse, es porque el libro casi no es posible, es porque, por el autor, por los editores, con la ayuda de la moral universal, se tomaron todas las medidas para que el libro conservara un secreto, sea una obra perfectamente ilegible, ilegible tanto por su extensión, su composición, sus repeticiones, como por el vigor de sus descripciones y la indecencia de su ferocidad, que no podían sino precipitarla en el infierno. Libro escandaloso, pues a ese libro no podemos casi aproximarnos y nadie puede volverlo público. Pero libro que muestra también que no hay escándalo allí donde no hay respeto, y que donde el escándalo es extraordinario, el respeto es extremo. ¿Quién es más respetado que Sade? Muchos, todavía hoy, creen que les bastaría tener un momento entre las manos esta obra maldita para que se verifique la orgullosa frase de Rousseau: "¿toda joven que lea una sola página de ese libro, estará perdida?" Semejante respeto es ciertamente un tesoro para una literatura y una civilización. Así, a todos sus editores y comentaristas presentes y por venir, no podemos dejar de decirles discretamente este voto: ¡Ah, en Sade, por lo menos, respetad el escándalo!

Por fortuna, Sade se defiende bien. No sólo su obra, sino su pensamiento siguen siendo impenetrables, y ello aunque los desarrollos teóricos sean en ella numerosos, aunque los repita con una paciencia desconcertante y aunque razone de la manera más clara y con lógica más que suficiente. El gusto e incluso la pasión de los sistemas lo animan. Se explica, afirma, prueba: regresa 100 veces sobre el mismo problema (y 100 veces es poco decir), lo mira en todos los aspectos, examina todas las objeciones, responde a ellas, encuentra otras a las cuales responde también. Y como lo que él dice es generalmente bastante sencillo, como su lenguaje es abundante pero preciso y firme, parece que no debería haber nada más fácil de comprender que la ideología que, en él, no se separa de las pasiones. Y sin embargo, ¿Cuál es el fondo del pensamiento de Sade? ¿Qué dijo, en realidad? ¿Dónde está el orden de su sistema, dónde comienza, donde termina? ¿Hay incluso más de una sombra de sistema en las etapas de este pensamiento tan obsesionado por las razones? ¿Y por qué tantos principios tan bien coordinados no consiguen formar el conjunto perfectamente sólido que deberían constituir, que incluso en apariencia componen? Eso no aparece, tampoco, con mayor claridad. Tal es la primera singularidad de Sade. Consiste en que esos pensamientos teóricos liberan a cada instante unos poderes irracionales con los cuales están ligados: esos poderes a la vez los animan y los deforman con un empuje tal que los pensamientos resisten y ceden, intentan dominarlo, pero no lo consiguen sino liberando

otras fuerzas oscuras, las cuales a su vez los arrastran, los desvían y los pervierten. De ello resulta que todo lo dicho está claro, pero parece a merced de algo que todavía no está dicho, que aparece un poco más tarde lo que no se habría dicho, y es retomado por la lógica, que a su vez obedece al movimiento de una fuerza todavía escondida y que al final, al ponerse las cosas en claro, todo llega a expresarse, pero todo igualmente vuelve a hundirse en la oscuridad de los pensamientos irreflexivos y de los momentos que no pueden formularse.

El malestar del lector frente a este pensamiento que no se aclara sino ante la aparición de otro pensamiento, que a su vez, en ese instante no puede aclararse, es a menudo muy grande. Lo es, tanto más en la medida en que las declaraciones de principio de Sade, lo que podemos llamar su filosofía de base, parecen ser la sencillez misma. Esta filosofía es la del interés, seguido por el egoísmo integral. Cada quien debe hacer lo que le plazca, nadie tiene otra ley que su placer. Esta moral está fundada sobre el hecho primero de la soledad absoluta. Sade lo ha dicho y repetido en todas las formas: la naturaleza nos hace nacer solos, no existe ninguna especie de relación entre un hombre y otro. La única regla de conducta es, pues, que yo prefiera todo lo que me afecte felizmente, sin tener en cuenta las consecuencias que esta decisión podría acarrear al prójimo. El mayor dolor de los demás cuenta siempre menos que mi placer. Qué importa, si yo debo comprar el más débil regocijo a cambio de un conjunto de desastres, pues el goce me halaga, está en mí, pero el efecto del crimen no me alcanza, esta fuera de mí.

Estos principios son claros. Los volvemos a encontrar desarrollados de mil maneras en 20 volúmenes. Sade no se cansa de ello. Lo que le gusta infinitamente es ponerlos en relación con las teorías de moda, las de la igualdad de los individuos enfrente de la naturaleza y enfrente de la ley. Propone entonces dos razonamientos de este género: siendo idénticos todos los seres a los ojos de la naturaleza, esta identidad me concede el derecho de no sacrificarme a la conservación de los demás, cuya ruina es indispensable para mi felicidad. O bien, formula una especie de Declaración de Derechos del Erotismo, teniendo por principio fundamental esta máxima, válida tanto para las mujeres como para los hombres: darse a todos aquellos que lo desean, tomar a todos aquellos a quien deseamos. "¿Qué mal hago, que ofensa cometo, diciendo a una bella criatura, cuando la encuentro: préstame la parte de tu cuerpo que puede satisfacerme un instante y goza, si eso te place, de aquella del mío que puede serte agradable?" Semejantes proposiciones le parecen irrefutables a Sade. En el curso de largas páginas, invoca la igualdad de los individuos, la reciprocidad de derechos, sin percatarse que sus razonamientos, lejos de afirmarse, se vuelven insensatos: "Jamás un acto de posesión puede ejercerse sobre un ser libre", dice. Pero ¿qué concluye de esto? No que esté

prohibido hacer violencia a cualquier ser y gozarlo en contra de su voluntad, sino que nadie, para negarse a ello, pueda pretextar unas relaciones exclusivas, un derecho anterior de "posesión". La igualdad de los seres es el derecho de disponer igualmente de todos los seres; la libertad es el poder de someter a cualquiera a sus deseos.

Al observar el encadenamiento de semejantes fórmulas, nos preguntamos si hay una laguna en la razón de Sade, una ausencia, una locura. Tenemos la sensación de un pensamiento profundamente perturbado, suspendido sobre el vacío. Pero, de repente, la lógica triunfa, las objeciones aparecen y el sistema se forma poco a poco. Justine, que como sabemos, representa en este mundo la virtud: tenaz, humilde, siempre oprimida y desgraciada, pero jamás convencida de sus errores, declara intempestivamente de una manera muy razonable: "Vuestros principios suponen el poder; si mi felicidad consiste en nunca tener en cuenta el interés de los demás, en hacerles mal en ocasiones, llegará necesariamente un día en que el interés de los demás consistirá en hacerme mal; ¿en nombre de qué protestaría yo?" "¿El individuo que se aísla puede luchar contra todos?" Objeción clásica, como vemos. El hombre de Sade responde a ello implícita y explícitamente de varias maneras que nos arrastran poco a poco al corazón de ese universo que es el suyo. Sí, dice de entrada, mi derecho es el del poder. Y en efecto, la humanidad de Sade está compuesta esencialmente de un pequeño número de hombres todopoderosos, que han tenido la energía de elevarse por encima de los prejuicios, que se sienten dignos de la naturaleza por las diferencias que ha puesto en ellos, y que buscan la satisfacción por todos los medios. Esos hombres extraordinarios pertenecen generalmente a una clase privilegiada: son duques, reyes, el papa, que también ha surgido de la nobleza; se benefician con las ventajas de su rango, de la fortuna, de la impunidad que les asegura su posición. Deben a su nacimiento los privilegios de la desigualdad, que se contentan con perfeccionar por un implacable despotismo. Son los más fuertes, porque forman parte de una clase fuerte. "Llamo pueblo, dice uno de ellos, a esa clase vil y despreciable que no puede vivir sino a fuerza de penas y de sudores; todo lo que respira debe ligarse contra esta clase abyecta".

Sin embargo, no es posible dudar, si lo más a menudo esos soberanos del libertinaje concentran en ellos, para su ventaja, toda la desigualdad de las clases, ello no es sino una circunstancia histórica, la que Sade no toma en cuenta en sus juicios valorativos. Ha discernido perfectamente que en la época en la cual escribe, el poderío es una categoría social; que está inscrito en la organización de la sociedad, tal como se conserva antes y después de la revolución, pero cree también que el poder (al igual que la soledad) no es solamente un estado, sino una decisión y una conquista, que sólo es poderoso quien puede lograrlo por medio de su energía. En realidad, sus héroes se reclutan en dos medios opuestos: en lo más alto y en lo más bajo,

en la clase más favorecida y en la clase más desfavorecida, entre los grandes de este mundo y en la cloaca de los bajos fondos. Unos y otros encuentran en su punto de partida algo extremoso que los favorece: el extremo de la miseria es un acicate tan vigoroso como el vértigo de la fortuna. Cuando se es un Dubois o un Durand, uno se subleva contra las leyes porque se está demasiado abajo de ellas para poderse conformar sin perecer. Y cuando uno es un Saint-Fond o el duque de Blangis, se está demasiado encima de las leyes para someterse a ellas sin decaer. Por ello, en las obras de Sade la apología del crimen se sustenta en principios contradictorios: para unos, la desigualdad es un hecho de la naturaleza; no tienen ningún derecho, no son nada, contra ellos todo está permitido. De ahí esos elogios desmedidos a la tiranía, esas constituciones políticas destinadas a hacer imposible el desquite del débil y el enriquecimiento del pobre. "Establezcamos, dice Verneuil, que hay necesariamente en las intenciones de la naturaleza una clase de individuos esencialmente sometidos a otros por su debilidad y su nacimiento". "No para el pueblo se ha hecho la ley... Lo esencial, en todo gobierno prudente, es que el pueblo no invada la autoridad de los grandes". Y Saint-Fond: "El pueblo estará sometido a una esclavitud que lo pondrá en situación de no atentar jamás contra la dominación o la degradación de las propiedades de los ricos". O aún: "Todo lo que se denomina crimen de libertinaje no será castigado sino en las castas de esclavos".

Henos aquí, parece, en presencia de la teoría más loca del despotismo más absoluto. Pero, bruscamente, la perspectiva cambia. ¿Qué dice la Dubois? "La naturaleza nos ha hecho nacer a todos iguales; si la suerte se complace en desarreglar ese primer plan de las leyes generales, nos corresponde corregir sus caprichos y reparar con nuestra habilidad las usurpaciones de los más fuertes... Tanto que nuestra buena fe como nuestra paciencia no servirá sino para reforzar nuestras cadenas, nuestros crímenes serán virtudes y estaríamos bien engañados al rechazarlos para disminuir un poco el yugo con el cual se nos carga". Y agrega: a los pobres, sólo el crimen les abre las puertas de la vida; la maldad es la compensación de la injusticia, al igual que el robo es el desquite del desposeído. Así, lo distinguimos claramente: igualdad, desigualdad, libertad de la opresión, revuelta contra los opresores no son sino argumentos provisionales a través de los cuales se afirma, según la diferencia de relaciones sociales, el derecho del hombre de Sade al poder. Pronto, por lo demás, se borra la distinción entre aquellos que tienen necesidad del crimen para subsistir y aquellos que no gozan de la existencia sino en el crimen. La Dubois se convierte en baronesa. La Durand, envenenadora de baja extradición, se eleva por encima de las princesas que Juliette no vacila en sacrificarle. Los condes se hacen jefes de banda, asaltantes (como en *Faxelange*) o incluso hoteleros para mejor despojar y asesinar a los bobos. Al contrario, la mayor

parte de las víctimas del libertinaje son escogidos en la aristocracia, es preciso que sean nobles por nacimiento y es a la condesa, su madre, a quien el marqués de Bressac declara con un soberbio desprecio: "Tus días me pertenecen y los míos son sagrados".

Ahora, ¿qué pasa? Algunos se han vuelto poderosos. Unos lo eran por su origen, pero han demostrado que merecían ese poder por la manera en que lo han acrecentado y en que disponen de él. Otros se han convertido, y la señal de su éxito es que después de haber tenido que recurrir al crimen para adquirir el poder, se sirven de ese poder para adquirir la libertad de todos los crímenes. Así es el mundo: algunos seres que se han elevado a lo más alto y alrededor de ellos, infinitamente, una polvareda sin nombre y sin número de individuos que no tienen ni derecho ni poder. Veamos en qué se convierte la regla del egoísmo absoluto. Yo hago lo que me place, dice el héroe de Sade, sólo conozco mi placer y, para asegurarlo, torturo y mato. Vosotros me amenazáis con una suerte parecida para el día en que encontraré alguien cuya felicidad será torturarme y matarme. Pero yo he adquirido precisamente el poder para elevarme por encima de esta amenaza. Cuando Sade nos propone respuestas de este género, sentimos perfectamente que nos deslizamos hacia un aspecto oculto de su pensamiento, que se sostiene sólo por las fuerzas oscuras que esconde. ¿Cuál es ese poder que no teme ni el azar ni la ley, que se expone desdeñosamente a los terribles riesgos de una regla concebida así: yo os haré todo el mal que quiera, hacedme todo el mal que podáis, con el pretexto de que esta regla terminará siempre ventajosamente? Ahora bien, observemos, para que los principios se derrumben, basta una sola excepción; si una sola vez el poderoso encuentra la desgracia por haber buscado sólo su placer, si en el ejercicio de su tiranía se convierte una sola vez en víctima, estará perdido, la ley del placer parecerá una trampa, y los hombres, en lugar de querer triunfar por el exceso, volverán a vivir mediocrementemente en la preocupación del mal menor.

Sade sabe eso. "¿Y si cambia la fortuna?", le pregunta Justine. Él va a descender a mayor profundidad en su sistema y a mostrar que al hombre que se vincula con energía al mal nunca puede sucederle algo malo. Este es el tema esencial de su obra: a la virtud todos los infortunios, al vicio la dicha de una constante prosperidad. A veces, sobre todo en las primeras redacciones de *Justine*, esta afirmación parece una simple tesis ficticia que ilustra, a manera de prueba, el arreglo de una historia cuyo autor es el amo. Se dice que Sade acepta fábulas, que se remite demasiado a una Providencia negra, encargada de conducir a lo mejor a aquellos que han escogido lo peor. Pero en la *Nouvelle Justine* y en *Juliette*, todo cambia. Es cierto que Sade posee esta profunda convicción: la de que el hombre del egoísmo absoluto no puede jamás caer en la desgracia; aún más, será feliz al máximo y lo será siempre, sin excepción. ¿Pensamiento demente? Puede

ser. Pero este pensamiento está unido en él a potencias tan violentas, que éstas terminan por volver irrefutables, a sus ojos, las ideas que sostiene. En realidad, la traducción teórica de esta certeza no se logra sin tropiezos. Recurre a varias soluciones, las ensaya sin tregua, aunque ninguna pueda satisfacerlo. La primera es puramente verbal: consiste en negar el pacto social, que según él, es la salvaguardia de los débiles y constituye para el fuerte una grave amenaza teórica. En efecto, prácticamente el poderoso se sabe servir muy bien de la ley para consolidar sus arbitrariedades, pero entonces no es fuerte sino por la ley y es la ley la que teóricamente encarna el poder. En tanto que no reina la anarquía o el estado de guerra, el soberano no es sino el soberano, pues incluso si la ley lo ayuda a aplastar a los débiles es, en suma, por una autoridad creada en nombre de los débiles y que sustituye la fuerza del hombre sólo por el falso vínculo de un pacto, del cual se vuelve el amo. "Las pasiones de mi vecino son infinitamente menos temibles que la injusticia de la ley, pues las pasiones de ese vecino están contenidas por las mías y en cambio nada detiene, nadie se enfrenta a las injusticias de la ley". Nada detiene la ley porque no hay nada encima de ella y porque está por lo mismo siempre encima de mí. Es por lo que, incluso sirviéndome, me oprime. También por ello Sade, si pudo reconocerse en la revolución, es en la medida en que, como tránsito de una ley a otra, ha reprobado la posibilidad de un régimen sin ley, como él lo ha expresado en estas curiosas afirmaciones: "El reino de las leyes es inferior al de la anarquía: la prueba más grande de lo que digo está en la obligación en que se encuentra todo gobierno de hundirse a sí mismo en la anarquía, cuando quiere rehacer la constitución. Para abrogar las antiguas leyes, está obligado a establecer un régimen revolucionario en el cual no hay ley: de ese régimen nacen finalmente nuevas leyes, pero ese segundo estado es necesariamente menos puro que el primero, puesto que de éste deriva..."

De hecho, el Poder se acomoda a cualquier régimen. A todos niega la autoridad y en el seno de un mundo desnaturalizado por la ley, crea un enclave donde la ley se calla, un lugar cerrado en el cual la soberanía legal es ignorada más bien que combatida. En los estatutos de la "Sociedad de los Amigos del Crimen" figura un artículo que prohíbe toda actividad política.

La sociedad respeta el gobierno bajo el cual vive, y si ella se pone encima de las leyes, es porque está en sus principios que el hombre no tiene poder de hacer leyes que contraríen las de la naturaleza, pero los desórdenes de sus miembros, siempre internos, no deben jamás escandalizar ni a los gobernantes ni a los gobernados.

Y si llega a suceder en la obra de Sade que el Poder realice una tarea política y se mezcle en la revolución, como es el caso de Borchamps que se

entiende con la Logia del Norte para derrocar a la monarquía sueca, los motivos que lo inspiran no tienen nada que ver con la voluntad de emancipar la ley. "¿Cuáles son los motivos que os hacen detestar el despotismo sueco?", le pregunta a uno de los conspiradores. "Los celos, la ambición, el orgullo, la desesperación de ser dominado, el deseo de tiranizar yo mismo a los otros" —"¿el bienestar de los pueblos entra de alguna manera en vuestras vías?"—. "No quiero sino el mío propio".

En rigor, el Poder puede siempre sostener que no tiene nada que temer de los hombres comunes que son débiles y nada de la ley, cuya legitimidad no reconoce. El verdadero problema es el de las relaciones del Poder con el poder. Esos hombres fuera de serie, que vienen de muy arriba o de muy abajo, se encuentran necesariamente: sus gustos parecidos los aproximan; el hecho de que lean la excepción, al ponerlos aparte, los aproxima. Pero ¿cuál puede ser la relación de la excepción con la excepción? Esta cuestión ha ciertamente preocupado mucho a Sade. Como siempre, va de una solución a otra, para finalmente, al término de su lógica, dejar que se transparente de este enigma, la única palabra que le importa. Cuando inventa una sociedad secreta, reglamentada por convenciones rigurosas, destinadas a atemperar en ella los excesos, tiene la excusa de moda, pues ha vivido en un tiempo en el cual la francmasonería del libertinaje, y la francmasonería a secas hacia surgir, en el seno de una sociedad en ruinas, un gran número de pequeñas sociedades, de colegios secretos, fundados sobre la complicidad de las pasiones y el mutuo respeto de las ideas peligrosas. La "Sociedad de los Amigos del Crimen" es un ensayo de este género. Sus estatutos, ampliamente analizados y estudiados, prohíben a los miembros de la sociedad el abandonarse entre ellos a las pasiones feroces, las cuales no pueden satisfacerse sino en dos serrallos, a los cuales las clases virtuosas aseguran la población. Entre ellos, deben los miembros "prestarse a todas las fantasías y a hacer todo", Pero, agrega Sade, no debe haber pasiones crueles. Vemos claramente por qué: es que se trata a cualquier precio de impedir el encuentro, en el terreno en que el mal se convertiría en su desgracia, de quienes no deben esperar sino el placer. Los libertinos superiores se alían, pero no se encuentran.

Tal compromiso no puede satisfacer a Sade. También es preciso señalar que, aunque los héroes de sus libros se asocian constantemente por convenios que determinan los límites de su poder y sobreponen el orden al desorden, la posibilidad de la traición permanece entera: entre los cómplices la traición no cesa de agrandarse, al punto que al fin se sienten menos ligados por el juramento que los une que por la necesidad recíproca de faltar a ese juramento. Esta situación vuelve extremadamente dramática la última parte de *Juliette*. Ésta tiene principios. Tiene respeto al libertinaje y cuando se encuentra a un malvado perfecto, la perfección del crimen del cual es responsable, el poder de destrucción que representa, no sólo la

llevan a asociarse con él, sino, incluso, cuando esta asociación se vuelve peligrosa para ella la conducen a salvarlo si puede. Así, aunque en peligro de ser muerta por el monstruo Minski, se niega a hacerle asesinar. "Este hombre es demasiado perjudicial para la humanidad, para que yo prive de él al Universo". Y algún otro personaje que inventa obras maestras de lubricidad, sí, al fin ella lo inmola, pero porque se ha dado cuenta de que al salir de sus orgías sangrientas, aquél tenía el hábito de ir a una capilla a purificarse el alma. ¿El perfecto criminal estará pues al abrigo de las pasiones a las cuales se libra? ¿Subsistiría un principio, un último principio, según el cual el libertino no puede ser nunca objeto ni víctima de su propio libertinaje? "Me has dicho 100 veces, dice a Juliette Mme. de Donis, que los taimados no se hieren entre ellos: ¿desmentirás esta máxima?" La respuesta es clara; la desmiente; Mme. de Donis es sacrificada, y poco a poco los cómplices más queridos, los compañeros de perdición más respetables perecen víctimas sea de su fidelidad, sea de su perjurio, sea de su cansancio, sea del ardor de sus sentimientos. Nada puede salvarlos, nada los excusa. Apenas ha precipitado Juliette a la muerte a sus mejores amigos cuando ya se vuelve hacia otros nuevos aliados e intercambia con ellos juramentos de eterna confianza. Juramentos de los cuales se ríen ellos mismos, pues bien saben que no asignan límites a sus excesos, sino para tener el placer de rebasar esos límites.

La conversación siguiente, entre algunos señores del crimen, resume bastante bien la situación. Uno de ellos, Germand, dice de su primo Bressac: "Mirad, él hereda de mí; pues bien, yo apuesto que mi vida no lo impacienta: tengo los mismos gustos, la misma manera de pensar, él está seguro de encontrar un amigo en mí". Ciertamente, dice Bressac, yo nunca os haré el menor daño. Sin embargo, el mismo Bressac observa que otro de sus parientes, d'Esterval, que se especializa en degollar transeúntes, ha estado a punto de asesinarlo. "Sí, dice d'Esterval, como pariente, jamás como compañero de orgías". Pero Bressac permanece escéptico y todos quedan, en efecto, de acuerdo en que esta consideración ha estado a punto de no retener a Dorothée, la mujer de d'Esterval. Ahora bien, ¿qué responde esta Dorothée? "Vuestro elogio está en vuestra sentencia. El terrible hábito que tengo de inmolar a los hombres que me placen, escribía vuestra sentencia a un lado de mi declaración de amor". He aquí algo claro. Pero, en esas condiciones, ¿en qué se convierte esa certidumbre del hombre siempre feliz si tiene todos los vicios, necesariamente infortunado si posee una sola virtud? En la realidad, su obra está sembrada de cadáveres de libertinos, que cayeron en la cumbre de su gloria. No es sólo a Justine a quien el dolor sigue, sino también a la soberbia Clairwill, la heroína más fuerte, la más enérgica de Sade, al igual que a Saint-Fond, asesinado por Noirceuil, a la licenciada Borghese arrojada al fondo de un volcán, a cientos de criminales perfectos. ¡Raros desenlaces, singulares triunfos de

esos seres perversos! ¿Cómo la loca razón de Sade pudo cegarse frente a estos mentís que ella misma se da? Pero sucede precisamente que esos mentís son pruebas y he aquí por qué:

Cuando leemos distraídamente *Justine*, nos dejamos engañar por una historia bastante grosera. Vemos a esa joven virtuosa violada sin cesar, golpeada, torturada, víctima de un destino resuelto a perderla; y cuando leemos *Juliette* vemos a una joven viciosa que vuela de placer en placer. Semejante intriga no acaba de convencernos. Pero es que no hemos puesto atención a su aspecto más importante: atentos únicamente a la tristeza de una de ellas y a la satisfacción de la otra, se nos olvida que en el fondo la historia de las dos hermanas es idéntica, que todo lo que pasaba a Justine le sucedía a Juliette; que la una y la otra pasan por los mismos acontecimientos, sufren las mismas pruebas. Juliette es también enviada a prisión, golpeada, amenazada de suplicio, torturada sin fin. Su existencia es horrible, pero mirad: esos males le proporcionan placer, esas torturas le encantan. "Son deliciosos los hierros del crimen que amamos." Y no hablamos de estos tormentos singulares que son tan terribles para Justine y tan deliciosamente agradables para Juliette. En el curso de una escena que sucede en el castillo de un mal juez, se ve a esa infortunada Justine entregada a suplicios verdaderamente execrables; sus sufrimientos son inauditos; no sabemos qué pensar de semejante injusticia. Ahora bien, ¿qué sucede? Una muchacha totalmente viciosa que asiste a la escena, enardecida por el espectáculo, exige que se le haga sufrir inmediatamente el mismo suplicio. Y obtiene con ello delicias infinitas. Es, pues, cierto que la virtud hace la desgracia de los hombres, pero no porque los exponga a sucesos desgraciados, sino porque, si quitamos la virtud, lo que era desdicha se convierte en ocasión de placer, y los tormentos son voluptuosidades.

Para Sade, el hombre soberano es inaccesible al mal porque nadie puede hacerle mal; es el hombre de todas las pasiones y sus pasiones se complacen en todo.

Hemos acogido a veces, como expresión de una paradoja demasiado ingeniosa para ser verdadera, la conclusión de Jean Paulhan quien, detrás del sadismo de Sade, ha hecho aparecer una tendencia completamente contraria¹. Pero vemos que esta idea está en el centro del sistema. El hombre del egoísmo integral es quien sabe transformar todos los disgustos en gustos, todas las repugnancias en atractivos. Como filósofo de *boudoir* afirma: "Me gusta todo, me divierto de todo, quiero reunir todos los géneros." Y por ello Sade, en *Les 120 journées*, se dedica a la tarea gigantesca de hacer la lista completa de las anomalías, de las desviaciones, de todas las posibilidades humanas. Es necesario probar todo para no estar

¹ Sade, *Les infortunes de la vertu*, Introducción de Jean Paulhan.

a merced de algo. "No conocerás nada si no has conocido todo, si eres lo bastante tímido para detenerte con la naturaleza, ésta se te escapará para siempre."

Comprendemos por qué la objeción de la triste Justine, "¿y si cambia la suerte?", no puede inquietar a un alma criminal. La suerte puede cambiar y convertirse en mala suerte: no será sino una nueva suerte, tan deseada o tan satisfactoria como la otra. ¡Pero os arriesgáis al patíbulo! ¡Terminaréis, probablemente, en la muerte más ignominiosa! Es ese mi deseo más ferviente, responde el libertino: "Oh, Juliette, dice la Borghèse, yo quisiera que mis extravíos pudiesen llevarme como a la última de las criaturas a la suerte a la cual los conduce el abandono. El patíbulo mismo será para mí el trono de las voluptuosidades, allí desafiaré a la muerte, gozando del placer de expirar víctima de mis maldades." Y alguna otra: "El verdadero libertino gusta hasta de los reproches que le merecen sus execrables procedimientos. ¿No hemos visto que gozan hasta los suplicios que la venganza humana les preparaba, que los sufrían con alegría, que observaban el patíbulo como un trono de gloria donde les habría consternado no perecer con el mismo valor que los había animado en el execrable ejercicio de sus maldades? He aquí al hombre en el último grado de la corrupción reflexionada." ¿Sobre un Poder semejante, que puede la ley? Lo quiere castigar y lo recompensa, lo exalta al envilecerlo. E igualmente, ¿qué puede el libertino contra su semejante? Un día lo traiciona y lo inmola, pero esta traición proporciona un placer feroz a quien es la víctima, que ve con ello confirmadas todas sus sospechas y muere en la voluptuosidad de haber sido la ocasión de un nuevo crimen (sin hablar de otras alegrías). Una de las más curiosas heroínas de Sade se llama Amélie. Vive en Suecia; un día va al encuentro de Borchamps, el conspirador del cual hemos hablado; éste, con la esperanza de una ejecución monstruosa, acaba de entregar al soberano a todos los miembros de la conspiración, y esta traición ha entusiasmado a la joven. "Me encanta tu ferocidad, le dice ella. Júrame que un día también seré tu víctima; desde la edad de quince años he estado trastornada por el ideal de perecer como víctima de las crueles pasiones del libertinaje. No quiero morir mañana, sin duda; mi extravagancia no llega tan lejos; pero no quiero morir sino de esta manera: convertirme al expirar en ocasión de un crimen es una idea que me hace girar la cabeza." Extraña cabeza, completamente digna de esta respuesta: "Amo tu cabeza con locura y yo creo que haremos juntos cosas fuertes." "¡Ella está podrida, putrefacta, convengo en ello!"

Así, todo comienza a ser claro: para el hombre integral, que es el todo del hombre, no hay mal posible. Si hace mal a otros, ¡qué voluptuosidad! Si los otros se lo hacen a él, ¡qué goce! La virtud le da placer, porque ella es débil y él la aplasta, y del vicio obtiene satisfacción por el desorden que engendra, aunque sea a sus expensas. Si vive, no hay acontecimiento de su

existencia que no pueda considerar feliz. Si muere, encuentra en su muerte un placer más grande aún y, en la conciencia de su destrucción el coronamiento de una vida que sólo justifica la necesidad de destruir. Es pues inaccesible a los demás. Nadie puede alcanzarlo, nada aliena su poder de ser él mismo y de gozar de sí mismo. Tal es el primer sentido de su soledad. Aun si en apariencia se convierte a su vez en víctima y esclavo, la violencia de sus pasiones que él sabe satisfacer en cualquier circunstancia le asegura la soberanía, le hace sentir que en todo momento, en la vida y en la muerte, se conserva todopoderoso. Es en esto, a pesar de la analogía de las descripciones, en lo que parece justo dejar a Sacher Masoch la paternidad del masoquismo y a Sade la del sadismo. Entre los héroes de Sade, el placer del envilecimiento no altera nunca su dominio y la abyección los coloca más alto; todos los sentimientos que se denominan vergüenza, remordimientos, gusto del castigo, les son extraños. A Saint-Fond que le dice: "Mi orgullo es tal que yo quisiera ser servido de rodillas, siempre hablar con intérprete a toda esa vil canalla que llaman pueblo", Juliette pregunta (sin ironía): "Pero los caprichos del libertinaje ¿no os sacan de esa altura?" "Para las cabezas organizadas como las nuestras, responde Saint-Fond, esta humillación sirve deliciosamente a nuestro orgullo." Y Sade agrega como observación: "Esto es fácil de comprender; hacemos lo que nadie hace; uno es, pues, único en su género." Igual satisfacción de orgullo en el plan moral, por el sentimiento de estar excluido de la humanidad: "Es necesario que el mundo tiemble al conocer el crimen que habremos cometido. Es necesario avergonzar a los hombres por pertenecer a la misma especie que nosotros; exijo que se levante un monumento para dejar constancia de este crimen al universo y que nuestros nombres sean impresos en dicho monumento por nuestras propias manos." Ser único en su género, es claramente la señal de la soberanía, y veremos hasta qué sentido absoluto ha llevado Sade esta categoría.

Todo comienza a ser más claro; pero al punto al que hemos llegado, sentimos también que todo comienza a volverse muy oscuro; ese movimiento por el cual el Único escapa de la sumisión a otro está lejos de ser transparente. Desde algunos ángulos, es una especie de insensibilidad estoica, la cual parece suponer la perfecta autonomía del hombre en relación con el mundo. Pero, al mismo tiempo, es todo lo contrario, pues independientemente de los otros que jamás pueden perjudicarlo, el Único afirma inmediatamente sobre ellos una relación de absoluto dominio, y no es porque el prójimo no pueda nada contra él o que el puñal, la tortura, las maniobras envilecedoras lo dejen intacto, sino porque él puede todo contra el prójimo, ya que incluso el dolor que viene de otros le da el placer del poder y lo ayuda a ejercer su soberanía. Ahora bien, esta situación resulta muy embarazosa. Desde el momento en que "ser amo de mí" significa "ser amo de los demás"; desde el momento en que mi independencia no

proviene de mi autonomía, sino de la dependencia de los otros hacia mí, es claro que permanezco ligado a los otros y que tengo necesidad de ellos, aunque sea para reducirlos a la nada. Semejante dificultad ha sido evocada a menudo, a propósito de Sade. No es seguro que el propio Sade sea sensible a esto, y una de las originalidades de este pensamiento "excepcional" proviene tal vez de esto: cuando no se es Sade, hay en ello un problema decisivo, mediante el cual entre amo y esclavo se reintroducen relaciones de solidaridad recíproca; pero cuando uno se llama Sade, no existe en ello ningún problema y existe incluso la imposibilidad de ver un problema.

No podemos examinar, como sería necesario, los textos muy numerosos (todo es siempre en cantidad infinita en Sade) que se refieran a esta situación. En realidad, las contradicciones abundan. Algunas veces, la ferocidad del libertinaje parece como obsesionada por la contradicción de sus placeres. El libertino no tiene mayor placer que el de inmolar a sus víctimas, pero este placer se arruina por sí mismo, se destruye aniquilando lo que lo causa: "El placer de matar a una mujer, dice uno, rápidamente pasa; no se siente nada más cuando está muerta; las delicias de hacerla sufrir desaparecen con su vida... Marquémoslas (al hierro rojo), marchitémoslas; de este envilecimiento sufrirá hasta el último momento de su vida y nuestra lujuria, infinitamente prolongada, se volverá aún más deliciosa." Asimismo, Saint-Fond, descontento de los suplicios demasiado sencillos, quisiera para cada ser una especie de muerte infinita; por ello, imagina, mediante un sistema indudablemente ingenioso, meter la mano en el infierno, y se las arregla para disponer, desde este mundo, a expensas de los seres que escoge, de esta fuente inextinguible de tormentos. Discernimos allí, seguramente, algunas relaciones inexpresables que la opresión crea entre el oprimido y el opresor. El hombre de Sade obtiene su existencia de la muerte que da y a veces, deseando una eternidad de vida, sueña con una muerte que pueda dar eternamente, de tal manera que el verdugo y la víctima, colocados eternamente el uno enfrente de la otra, se vean igualmente provistos del mismo poder, del mismo atributo divino de la eternidad. Que semejante contradicción forme parte de Sade, no podríamos discutirlo. Pero aún más a menudo le sucede que por razones que nos esclarecen todavía más profundamente acerca del inundo que es el suyo, pasa esto por alto. A Saint-Fond, Clairwill le reprocha lo que ella llama sus extravagancias imperdonables y para ponerlo en el camino recto, le da este consejo:

Remplaza la idea voluptuosa que te calienta la cabeza —la idea de prolongar hasta el infinito los suplicios del ser al que hemos condenado a muerte—, replázala por una mayor abundancia de

asesinatos; no mates por más tiempo al mismo individuo, lo que es imposible, sino asesina a muchos otros, lo que es muy factible.

El gran número es en efecto una solución bastante más correcta. Considerar a los seres desde el punto de vista de la cantidad los mata aún más completamente que la violencia física que los aniquila. El criminal se une posiblemente de manera indisoluble con aquel a quien asesina. Pero el libertino que, inmolando a su víctima no resiente sino la necesidad de sacrificar a otras miles, parece extrañamente libre de toda unión con ella. A sus ojos, ella no existe en sí misma, no es un ser distinto, sino un simple elemento, indefinidamente sustituible, en una inmensa ecuación erótica. Al leer declaraciones como ésta: "Nada divierte, nada calienta la cabeza como el gran número", se comprende mejor por qué la idea de igualdad sostiene tantos razonamientos de Sade. Todos los hombres son iguales; ello quiere decir que ninguna criatura vale más que otra y por lo mismo, todas son intercambiables, ninguna tiene sino la significación de una unidad en un recuento infinito. Enfrente del Único, todos los seres son iguales en nulidad y el Único, al reducirlos a nada, no hace sino volver evidente esa nada.

Es ello lo que hace del mundo de Sade algo tan extraño. Las escenas de ferocidad suceden a las escenas de ferocidad. Las repeticiones son infinitas, fabulosas. En una sola sesión, es frecuente que cada libertino torture, masacre cuatrocientas o quinientas víctimas; después vuelve a comenzar al día siguiente luego, en la noche, nueva ceremonia; varían un poco las disposiciones, él se exalta de nuevo y a la hecatombe se agrega la hecatombe. ¡Y qué! ¿Quién no se da cuenta de que en esas ejecuciones gigantescas los que mueren no poseen ya la menor realidad y que, si ellos desaparecen con esa facilidad irrisoria, es porque han sido antes aniquilados por un acto de destrucción total y absoluta, que no están allí y que no mueren sino para dar testimonio de esta especie de cataclismo original, de esta destrucción que no vale sólo para ellos, sino para todos los demás? Esto es notable: el mundo en que avanza el Único es un desierto; los seres que él encuentra allí son menos que cosas, menos que sombras y al atormentarlos y al destruirlos no es su vida lo que toma, sino que es su nada lo que verifica, es su inexistencia de la cual se vuelve amo y de la cual extrae su mayor regocijo. ¿Qué dice, pues, en el alba de las 120 jornadas, el duque de Blangis a las mujeres reunidas para el placer de los cuatro libertinos?

Examinad vuestra situación, lo que sois, lo que nosotros somos, y que esas reflexiones os hagan estremecer: estáis aquí fuera de Francia, al fondo de un bosque inhabitado, más allá de montañas escarpadas cuyos parajes han sido aniquilados inmediatamente después de que vosotras los habéis franqueado; estáis encerradas en

una ciudadela impenetrable, de la cual nadie sabe, pues os encontráis sustraídas a vuestros amigos, a vuestros padres, *vosotras ya estáis muertas para el mundo.*

Esto debe entenderse en sentido propio; ellas están ya muertas, suprimidas, encerradas en el vacío absoluto de una Bastilla donde la existencia ya no entra y en la cual su vida no sirve sino para volver sensible ese carácter "ya muerto" con el cual se confunde.

Dejemos de lado las historias de necrofilia que aunque bastante numerosas en Sade, parecen bastante lejanas de las posibilidades "normales" de sus héroes. Sería necesario además señalar que cuando estos exclaman: "¡Ah, el bello cadáver!" y se calientan a la insensibilidad de la muerte, la mayor parte del tiempo habían comenzado por ser asesinos y de este poder de agresión no se cansan de prolongar sus efectos, aún más allá de la muerte. Es innegable que lo que caracteriza el mundo de Sade no es el gusto de no formar sino uno con la existencia cadavérica, ni el esfuerzo de deslizarse en la pasividad de una forma que representa la ausencia de forma, realidad plenamente real, sustraída de la incertidumbre de la vida y que sin embargo encarna la irrealidad por excelencia. Por el contrario, el centro del mundo sádico es la exigencia de la soberanía, que se afirma por una inmensa negación. Esta negación que se realiza a la escala de los grandes números, que ningún caso particular puede satisfacer, está esencialmente destinada a superar el plano de la existencia humana. Por mucho que el hombre de Sade se imponga a los demás por su capacidad de destruir, si da la impresión de no ser nunca su tributario, incluso en la necesidad que tiene de aniquilarlos, si parece siempre capaz de prescindir de ellos, es porque está colocado en un plano en el cual ellos ya no tienen nada en común, y se ha colocado de una vez por todas en ese plano; dando por horizonte a su proyecto destructor algo que supera infinitamente a los hombres y a su corta existencia. En otros términos, en la medida en que el hombre sádico parece sorprendentemente libre en relación con sus víctimas, de las cuales sin embargo dependen sus placeres, es porque la violencia sobre ellas apunta hacia otra cosa, va bastante más lejos y no hace sino verificar frenéticamente, al infinito, sobre cada caso particular, el acto general de destrucción por el cual ha reducido a Dios y al mundo a la nada.

Evidentemente, el espíritu del crimen está ligado en Sade a un sueño desmesurado de negación, que las débiles posibilidades prácticas no cesan de degradar y de deshonorar. El más bello crimen de aquí abajo no es sino una miseria de la cual se avergüenza el libertino. No hay uno solo entre ellos que, como el monje Jérôme, no tenga un sentimiento de vergüenza ante la mediocridad de sus maldades y no busque un crimen superior a todo lo que el hombre podría hacer en el mundo, y desgraciadamente, dice, "no

lo encuentro: todo lo que hacemos no es sino la imagen de aquello que quisiéramos hacer".

Quisiera, dice Clairwill, encontrar un crimen cuyo efecto perpetuo actúe, incluso cuando yo no actuase más, de suerte que no haya habido un solo instante de mi vida en el cual, incluso durmiendo, no sea yo causa de algún desorden cualquiera y que ese desorden pudiese extenderse al punto que condujera a una corrupción general o a un desarreglo tan formal que aun después de mi vida el efecto siguiera prolongándose.

A lo cual Juliette da esta respuesta muy propia para agradar al autor de *La Nouvelle Justine*: "Intenta el crimen moral al cual llegamos por escrito." Si Sade, que en su sistema reduce tanto como es posible la parte de las voluptuosidades intelectuales, que ha suprimido casi completamente el erotismo de la imaginación (porque su propio sueño erótico consiste en proyectar sobre unos personajes que no sueñan sino que actúan realmente, el movimiento ideal de sus placeres: el erotismo de Sade es un erotismo de sueño, puesto que no se realiza la mayor parte del tiempo sino en la ficción; pero en la medida en que ese erotismo es soñado, en la misma medida exige una ficción en la cual el sueño sea desterrado o la orgía sea realizada o vivida), si Sade, sin embargo, por excepción ha exaltado lo imaginario, es porque sabe muy bien que el fundamento de tantos crímenes imperfectos es un crimen imposible, del cual únicamente la imaginación puede dar cuenta y por ello dice a través de Belmor:

Oh Juliette, en verdad son deliciosos los placeres de la imaginación. Toda la tierra nos pertenece en esos momentos deliciosos; ni una sola criatura se nos resiste, devastamos el mundo, lo repoblamos de nuevos objetos que también inmolamos; tenemos el medio de todos los crímenes, usamos de todos, centuplicamos el horror.

En su recopilación de estudios, donde no sólo los pensamientos más fuertes son expresados sobre Sade, sino también sobre todos los problemas que la existencia de Sade puede esclarecer, Pierre Klossowski explica el carácter tan complejo de las relaciones que establece la conciencia sádica con Dios y con el prójimo². Muestra que sus relaciones son negativas, pero que, por lo mismo que la negación es real, reintroduce las nociones que suprime: la noción de Dios y la noción del prójimo, dice, son indispensables para la conciencia del libertino. De ello podemos discutir

² Pierre Klossowski, *Sade, mm prochain*.

infinitamente, porque la obra de Sade es un caos de ideas claras en la cual todo está dicho, pero también todo disimulado. Sin embargo, la originalidad de Sade nos parece que está en la pretensión extremadamente firme de fundar la soberanía del hombre sobre un poder trascendente de negación, poder que no depende en nada de los objetos que destruye; que al destruirlos, no presupone siquiera su existencia anterior, pues ya desde antes son considerados nulos. Ahora bien, esta dialéctica encuentra a la vez su mejor ejemplo y posiblemente su justificación en la manera en que el Omnipotente de Sade se afirma en relación a la Omnipotencia divina.

Maurice Heine³ ha hecho resaltar la firmeza excepcional del ateísmo de Sade. Pero, como Pierre Klossowski tiene mucha razón en recordar, ese ateísmo no es de sangre fría. Desde que en el desarrollo más tranquilo aparece el nombre de Dios, inmediatamente el lenguaje se enciende, el tono se eleva, el movimiento del odio arrastra las palabras, las trastorna. No es ciertamente en las escenas de lujuria en las cuales Sade da pruebas de su pasión, sino que la violencia y el desprecio y el calor del orgullo y el vértigo del poder y del deseo se despiertan inmediatamente cada vez que el Único percibe en su camino algunos vestigios de Dios. La idea de Dios es, de alguna manera, la falta inexpiable del hombre, su pecado original, la prueba de su nada, lo que justifica y autoriza el crimen, pues contra un ser que ha aceptado anularse enfrente de Dios, no podríamos recurrir a medios demasiado enérgicos de aniquilamiento. Sade escribe: "La idea de Dios es el único mal que no puedo perdonar al hombre." Palabra decisiva y una de las claves de su sistema. La creencia en un Dios todopoderoso que no deja al hombre sino la realidad de un hato de paja, de un átomo de nada, impone al hombre integral el deber de recuperar ere poder soberano, al recuperar para sí mismo en nombre de los hombres y sobre los hombres, el derecho soberano que éstos han reconocido en Dios. El criminal, cuando mata, es Dios sobre la tierra, porque realiza entre él y su víctima las relaciones de subordinación en la que ésta ve las relaciones de la definición de la soberanía divina.

Desde que un verdadero libertino discierne, así sea en el espíritu del degenerado más corrompido, la menor huella de fe religiosa, inmediatamente le decreta la muerte: porque ese ser descarriado se ha destruido a sí mismo, habiendo abdicado entre las manos de Dios; sucede que él se considera nada, de manera que aquel que lo mata no hace sino regularizar una situación que las apariencias apenas velan.

El hombre de Sade niega a los hombres y esta negación se realiza por intermedio de la noción de Dios. Momentáneamente, él se hace Dios, para que enfrente de él los hombres se aniquilen y vean cuál es la nada de un ser enfrente de Dios. "¿Vos no amáis a los hombres, verdad príncipe?",

³ Sade, *Dialogue entre un prêtre et un moribond*, con un prólogo de Maurice Heine.

pregunta Juliette. "Los aborrezco. No hay un solo instante en que no tenga deseos vehementes de dañarlos. No hay, en efecto, una raza más espantosa... ¡Qué bajeza, qué vil, qué repulsivo!" "Pero vos, interrumpió Juliette, ¿creéis realmente que vos formáis parte de los hombres?" "Oh, no, no, cuando se les domina con tanta energía es imposible ser de su raza." "Ella tiene razón, dice Saint-Fond, sí, nosotros somos dioses."

Sin embargo, el movimiento de la dialéctica continúa: el hombre de Sade que ha tomado por su cuenta el poder de estar por encima de los hombres, concedido locamente por éstos a Dios, no olvida un instante que ese poder es todo negación: ser Dios no puede tener sino un sentido, aplastar a los hombres, aniquilar la creación. "Quisiera ser la caja de Pandora, dice también Saint-Fond, para que todos los males surgidos de mi seno destruyan a todos los seres individualmente." Y Verneuil: "Si fuera verdad que existe un Dios, ¿no seríamos nosotros sus rivales, al destruir así lo que él hubiera formado?" De esta manera se elabora poco a poco una concepción ambigua de la Omnipotencia, en el último sentido de la cual no pueden existir dudas. P. Klossowski insiste en las teorías de ese Saint-Fond del cual acabamos de transcribir los pensamientos y que, entre todos los héroes de Sade, presenta esa singularidad de creer en el Ser Supremo; sólo que el Dios en el cual cree no es muy bueno, sino "muy vengativo, muy bárbaro, muy malo, muy cruel"; es el Ser Supremo en maldad, el Dios de las fechorías. Sade ha sacado de esta idea toda clase de desarrollos brillantes. Imagina un juicio final que describe con sus recursos del humor feroz que le es propio. Escucha en él a Dios, regañando a los buenos en estos términos:

Si habéis visto que todo era vicioso y criminal sobre la tierra, ¿por qué os habéis perdido en el camino de la virtud? Las desgracias perpetuas con las cuales cubrí el Universo, ¿no debían convenceros de que no amo más que el desorden y que era necesario irritarme para complacerme? ¿No os daba yo cada día el ejemplo de la destrucción? ¿Por qué no destruíais vosotros? ¡Imbécil! ¿Por qué no me imitabas?

Pero recordado esto, es evidente que tal concepción de un Dios infernal no es sino un momento de la dialéctica por la cual el superhombre de Sade, después de haber negado al hombre bajo el nombre de Dios, va al encuentro con Dios y va a negarlo a su vez en nombre de la naturaleza, para finalmente negar la naturaleza identificándola con el espíritu de negación. En el Dios malvado, la negación que acaba de exterminar la noción de orden reposa, por decirlo así, unos momentos antes de tomarse ella misma por objeto. Saint-Fond, al convertirse en Dios, obliga por lo mismo a Dios a convertirse en Saint-Fond, y el Ser Supremo, entre las

manos del cual el débil había abdicado para empujar al fuerte a la abdicación, se afirma sólo como la gigantesca coerción de una transcendencia de bronce que aplasta a cada uno en proporción a su debilidad. Es el odio hipostasiado a los hombres, llevado a su término más alto. Pero apenas llegado a la existencia absoluta, el espíritu de negación, habiendo tomado conciencia de sí mismo como infinito, no puede sino revolverse contra la afirmación de esta existencia absoluta, único objeto que está ahora a la medida de una negación que se ha vuelto infinita. Es el odio de los hombres que se había encarnado en Dios. Ahora es el odio de Dios, que libera de sí mismo el propio odio. Odio tan vigoroso que parece a cada instante proyectar la realidad de lo que niega para afirmarse mejor y justificarse. "Si esta existencia —la de Dios— fuera verdadera, confieso, dice la Dubois, que el solo placer de irritar perpetuamente a aquel que estaría revestido de ella se volvería el más preciso resarcimiento de la necesidad en la cual me encontraría de aceptar cualquier creencia en él." Pero un odio tan devorador, ¿da testimonio como parece creerlo Klossowski, de una fe que hubiera olvidado su nombre y recurriera a la blasfemia para obligar a Dios a salir del silencio? No nos parece. Todo indica, por el contrario, que este odio tan poderoso no está vinculado a Dios con esa predilección sino porque ha encontrado en él un pretexto y un alimento privilegiado. Dios, para Sade, no es manifiestamente sino el soporte de su odio. Su odio es demasiado grande para que le importe algún objeto: como es infinito, como supera todos los límites, le sucede que se complace en sí mismo y se extasía de esta infinitud a la cual da el nombre de Dios ("Tu sistema, dice Clairwill a Saint-Fond, no encuentra sus orígenes sino en el profundo horror que tú tienes a Dios"). Pero es sólo el odio lo que es real y al fin, se lanzará contra la naturaleza con tanta intrepidez como contra el Dios inexistente que aborrece.

En realidad, si las cosas religiosas, si el nombre de Dios, si esos "hacedores de Dios" que son los curas desencadenan las pasiones más tormentosas de Sade, es porque las palabras de Dios y de religión son propias para encarnar en él todas las formas de su odio. En Dios, él odia la nada del hombre, que se ha dado semejante amo, y el pensamiento de esa nada lo irrita y lo inflama a tal punto que no puede sino cooperar con Dios, para sancionar esa nada. Además, en Dios, él odia la omnipotencia de Dios, en la cual reconoce la suya propia, y Dios se convierte en la figura, en el cuerpo de su odio infinito. Finalmente, él odia en Dios la miseria de Dios, la nulidad de una existencia que, en tanto que se afirma como existencia y creación, no es nada, pues lo que es grande, lo que es todo, es el espíritu de destrucción.

Ese espíritu de destrucción se identifica, en el sistema de Sade, con la naturaleza. Sobre ese punto, su pensamiento ha andado mucho a tientas, le ha sido necesario deshacerse de las filosofías ateas de moda hacia las

cuales no puede sentir sino simpatía y en las cuales su razón, ávida de argumentos, encontraba recursos inextinguibles. Pero en la medida en la cual él ha sabido superar la ideología naturalista, la cual no lo ha engañado con analogías externas, nos ofrece la prueba de que en él la lógica ha ido hasta el extremo y no se ha evadido frente a las formas oscuras que la sostenían. La naturaleza es una de esas palabras que, como tantos escritores de su tiempo, Sade usaba gustosamente. En nombre de la naturaleza ha conducido su lucha contra Dios y contra todo lo que Dios representa, en particular la moral. No insistamos, la abundancia de Sade sobre este tema es vertiginosa. Esta naturaleza es en principio para él la vida universal y, durante centenares de páginas, toda su filosofía consiste en repetir que los instintos inmorales son buenos, puesto que son hechos naturales y que la primera y la última instancia, es la naturaleza. Dicho de otra manera, no hay moral, es el reino del hecho. Pero en seguida, molesto por el valor igual que se ve conducido a acordar a los instintos virtuosos y a los impulsos malvados, intenta establecer una nueva escala de valores, en la cumbre de la cual estará el crimen. Su principal argumento es volver a decir que el crimen está más de acuerdo con el espíritu de la naturaleza, porque es movimiento, es decir, vida; la naturaleza que quiere crear, dice, tiene necesidad del crimen que destruye: todo esto establecido de una manera sumamente minuciosa, con duraciones infinitas y algunas veces con pruebas bastante llamativas. Sin embargo, a fuerza de hablar de la naturaleza, de encontrar frente a él esta referencia indispensable y soberana, el hombre de Sade se irrita poco a poco, y su odio se le vuelve pronto tan insoportable, que lo cubre de anatemas y de negaciones. "Si, amigo mío, aborrezco a la naturaleza." Esta rebelión posee dos profundos motivos. Por una parte, en la medida en que él mismo forma parte de la naturaleza, siente que la naturaleza escapa de su negación y que cuanto más la ultraje y mejor la sirva, más la destruye y más sufre su yugo. De ahí vienen los gritos de odio y una revuelta verdaderamente demente.

¡Oh! tú, fuerza ciega e imbécil, cuando yo haya exterminado sobre la tierra a todas las criaturas que la cubran, yo estaré bien lejos de mi objetivo, puesto que yo te habré servido, madrastra, y porque yo no aspiro sino a vengarme de tu idiotez o de la maldad que haces probar a los hombres, al no proporcionarles jamás los medios de librarse de las horribles inclinaciones que tú les inspiras.

Existe allí la expresión de un sentimiento primordial y elemental: ultrajar a la naturaleza es la más profunda exigencia del hombre, esa necesidad en él es mil veces más fuerte que la de ofender a Dios.

No hay en todo lo que hacemos sino los ídolos que fabricamos y criaturas ofendidas, pero la naturaleza no lo es, y es a ella a quien quisiera ultrajar, quisiera estorbar sus planes, detener su marcha, parar la rueda de los astros, trastornar los globos que flotan en el espacio, destruir aquello que la sirve, proteger lo que la perjudica, insultarla, en una palabra, en sus obras y no he podido lograrlo.

Y aun en este pasaje Sade se da la facilidad de confundir la naturaleza con sus grandes leyes, lo que le permite soñar con un cataclismo que podría destruirlas, pero su lógica rechaza ese compromiso y cuando, por otra parte, imagina un mecánico inventando una máquina para pulverizar el universo, debe hacer esta confesión: nadie habrá merecido más de la naturaleza que el autor. Sade siente perfectamente que aniquilar todas las cosas no es aniquilar el mundo, pues el mundo no es sólo una afirmación universal, sino una universal destrucción, de manera que la totalidad del ser y la totalidad de la nada lo representan de la misma manera. En ello la lucha contra la naturaleza encarna en la historia del hombre una etapa dialéctica muy superior a la lucha contra Dios. Podemos decir, sin modernizar su pensamiento, que Sade es uno de los primeros en haber reconocido en la idea de mundo los rasgos propios de la trascendencia, puesto que la idea de nada, al formar parte del mundo, no podemos pensarla sino desde el interior de un todo que es siempre el mundo.

Si el crimen es el espíritu de la naturaleza, no hay crimen contra natura y en consecuencia, no hay crimen posible. Sade lo afirma a veces con la mayor satisfacción, a veces con la rabia más viva. Es que negar la posibilidad del crimen le permite negar la moral, Dios y todos los valores humanos, pero negar el crimen es también renunciar al espíritu de negación, admitir que éste podría suprimirse a sí mismo. Conclusión contra la cual se levanta con energía y que lo conduce poco a poco a retirarle toda su realidad a la naturaleza. En los últimos volúmenes de la *Nouvelle Justine* (particularmente en los volúmenes VIII y IX), Juliette denuncia todas sus precedentes concepciones y se corrige en los siguientes términos: "Qué imbécil era yo antes de separarnos, yo creía aún en la Naturaleza, y los nuevos sistemas adoptados por mí desde ese tiempo, me apartan de ella..." La naturaleza, dice, no tiene más de verdad, de realidad o de sentido que Dios mismo: "¡Ah puta! Posiblemente me engañas como lo fui antes por la infame quimera de Dios al cual te decían sometida; no dependemos más de ti que de él; las causas son posiblemente inútiles para los efectos..." Así desaparece la naturaleza, aunque el filósofo haya puesto en ella todas sus complacencias y que le haya sido muy agradable hacer de la vida universal una formidable máquina de muerte. Pero la simple nada no es su objetivo. Lo que ha perseguido es la soberanía a través del espíritu de negación llevado a su punto extremo. Esta negación, poco a poco, la ha llevado a los

hombres, a Dios, a la naturaleza para comprobarla. Hombres, Dios, naturaleza, cada una de esas nociones en el momento en que la negación la atraviesa, parece recibir un cierto valor, pero si tomamos la experiencia en su conjunto, esos momentos no tienen la menor realidad, pues lo propio de la experiencia consiste exactamente en arruinarlos, en anular los unos por los otros. ¿Qué son los hombres si no son nada enfrente de Dios? ¿Qué es la naturaleza obligada a desaparecer enfrente del hombre que lleva en sí la necesidad de ultrajarla? Y es así como se cierra el círculo. Habiendo partido del hombre, henos aquí vueltos al hombre. Sólo que éste lleva ahora un nuevo hombre: se llama el Único, el hombre único en su género.

Sade, habiendo descubierto que en el hombre la negación era poder, ha pretendido fundar el porvenir del hombre sobre la negación llevada hasta su extremo. Para llegar a ello ha imaginado, tomándolo del vocabulario de su tiempo, un principio que por su ambigüedad, representa una decisión muy ingeniosa. Este principio es la energía. La energía es, en efecto, una noción muy equívoca. Es a la vez reserva y gasto de fuerza, afirmación, que no se realiza sino a través de la negación, fuerza que es destrucción. Además, es hecho y ley, dato y valor. Es asombroso que, en este universo de la efervescencia y de la pasión, Sade, lejos de poner en el primer plano el deseo, lo haya subordinado y juzgado sospechoso. Es que el deseo niega la soledad y conduce a un peligroso reconocimiento del mundo ajeno. Pero, cuando Saint-Fond declara: "Mis pasiones, concentradas sobre un punto único, se parecen a los rayos del astro reunidos por un vidrio ardiente: quemán inmediatamente el objeto que se encuentra sobre el hogar", vemos claramente cómo la destrucción puede parecer sinónimo de poder, sin que el objeto destruido saque de esta operación el mínimo valor. Otra ventaja de este principio: asigna al hombre un porvenir, sin imponerle el reconocimiento de ninguna noción ideal. He aquí uno de los mayores méritos de Sade. Pretende poner en tierra la moral del bien pero, a pesar de algunas afirmaciones provocadoras, tuvo gran cuidado de no remplazarlo por un Evangelio del mal. Cuando escribe: "Todo es bueno cuando es excesivo", podemos reprocharle la incertidumbre de su principio, pero no podemos reprocharle el querer fundar la soberanía del hombre sobre la soberanía de nociones que le serían superiores. Ninguna conducta sale privilegiada de esto: podemos escoger hacer lo que sea; lo que importa es que al hacerlo seamos capaces de hacer coincidir la mayor destrucción con la mayor afirmación. Prácticamente, en las novelas de Sade, es de esa manera como suceden las cosas. No es de acuerdo con la mayor o menor virtud o vicio como los seres son desgraciados o felices, sino de acuerdo con la energía de la cual dan prueba; pues, como él escribe, "la felicidad depende de la energía de principios, no podría existir para quien flota incesantemente". Juliette, a quien Saint-Fond propone un plan para devastar por hambre las dos terceras partes de Francia, duda y se enfurece:

inmediatamente, es amenazada. ¿Por qué? Porque ella ha dado pruebas de debilidad, el tono de su alma ha bajado, y la energía mayor de Saint-Fond se prepara a convertirla en su presa. Esto es aún más claro en el caso de la Durand, que es, una envenenadora incapaz de la virtud; su corrupción es completa. Pero un día el gobierno de Venecia le pide esparcir la peste. Este proyecto la aterroriza, no a causa de su carácter inmoral, sino porque teme los peligros que ella misma podría correr. Inmediatamente, es condenada. La energía le ha fallado, ha encontrado su amo, y su amo es la muerte. En una vida peligrosa, dice Sade, lo importante es nunca "carecer de la fuerza necesaria para franquear los últimos límites". Podemos decir que este mundo extraño no está compuesto por individuos, sino por sistemas de fuerzas en tensión más o menos elevada. Allí donde se produce una baja de tensión, la catástrofe se vuelve inevitable. Además, no hay por qué hacer diferencia entre la energía de la naturaleza y la del hombre: la lujuria es una especie de rayo, como el rayo es la lubricidad de la naturaleza; el débil será víctima del uno y de la otra y el fuerte saldrá triunfante. Justine es fulminada, Juliette no lo es: ningún arreglo providencial en este desenlace. La debilidad de Justine llama al rayo que arroja sobre ella la energía de Juliette. Igualmente todo lo que le sucede a Justine la vuelve desgraciada, porque todo lo que la afecta la disminuye; de ella nos dice que sus inclinaciones eran *virtuosos pero bajas* y esto debe entenderse en sentido literal. Al contrario, todo lo que alcanza a Juliette le revela su poder, y ella lo aprovecha, para acrecentarse a sí misma. Por ello, morirá y su muerte, haciéndola sentir la destrucción total como el gasto total de su inmensa energía, la, hará llegar a los límites del poder y de la exaltación.

Sade ha comprendido perfectamente que la soberanía del hombre enérgico, tal y como éste la conquista identificándose con el espíritu de negación, es un estado paradójico. El hombre integral, que se afirma completamente, es insensible. Ha comenzado por destruirse él mismo, en tanto que hombre, después en tanto que Dios, después en tanto que naturaleza, y así se ha convertido en el único. Ahora todo lo puede, pues la negación en él ha acabado con todo. Para dar cuenta de su formación, Sade recurre a una concepción muy coherente a la cual da el nombre clásico de apatía. La apatía es el espíritu de negación aplicado al hombre que ha decidido ser soberano. Es, de alguna manera, la causa o el principio de la energía. Sade, aparentemente, razona más o menos de esta manera: el individuo actual representa una cierta cantidad de fuerza; la mayor parte del tiempo dispersa sus fuerzas alienándolas en beneficio de los simulacros que se llaman los otros, Dios, el ideal; por esta dispersión, comete el error de agotar sus posibilidades desperdiciándolas, pero aún más de fundar su conducta sobre la debilidad, pues si se gasta por los demás, es porque cree en la necesidad de apoyarse sobre ellos. Desfallecimiento fatal: se debilita gastando sus fuerzas vanamente y él gasta sus fuerzas porque se cree débil.

Pero el hombre verdadero sabe que está solo y lo acepta; todo lo que en él, herencia de 17 siglos de cobardía, se relaciona con otros, lo niega; por ejemplo, la piedad, la gratitud, el amor, son sentimientos que él se propone destruir; al destruirlos, recupera toda la fuerza que le hubiera sido necesario consagrar a esos impulsos debilitantes y, lo que es más importante, saca de ese trabajo de destrucción el comienzo de una verdadera energía.

Es necesario entender, en efecto, que la apatía no consiste sólo en arruinar las pasiones "parasitarias", sino también en oponerse a la espontaneidad de cualquier pasión. El vicioso que se abandona inmediatamente a su vicio, no es sino un aborto que se perderá. Incluso los pervertidos con genio, perfectamente dotados para llegar a ser monstruos, si se contentan con seguir sus inclinaciones, están destinados a la catástrofe. Sade lo exige: para que la pasión se convierta en energía, es necesario que esté comprimida, es necesario que se mediatice pasando por un momento necesario de insensibilidad; entonces, tendrá la mayor grandeza posible. En los primeros tiempos de su carrera, Juliette no cesa de oírse reprochar por Clairwill: ella no comete el crimen sino en el entusiasmo, no alumbró la antorcha del crimen sino con la antorcha de las pasiones, pone la lujuria, la efervescencia del placer encima de todo. Facilidades peligrosas. El crimen es más importante que la lujuria; el crimen de sangre fría es más grande que el crimen ejecutado en el ardor de los sentimientos; pero el crimen "cometido con el endurecimiento de la parte sensitiva", crimen sombrío y secreto, importa más que todo, porque es el acto de un alma que, habiendo destruido todo en ella, ha acumulado una inmensa fuerza, la cual será identificada con el movimiento total de destrucción que prepara. Todos esos grandes libertinos, que no viven sino para el placer, no son grandes sino porque han aniquilado en ellos toda capacidad de placer. Por ello llegan a espantosas anomalías, pues la mediocridad de las voluptuosidades les bastaría. Pero se han vuelto insensibles: pretenden gozar de su insensibilidad, de esa insensibilidad negada y se vuelven feroces. La crueldad no es sino la negación de sí mismo, llevada tan lejos que se transforma en una explosión destructora; la insensibilidad se vuelve estremecimiento de todo el ser, dice Sade; "el alma pasa a una especie de apatía, que pronto se metamorfosea en placeres mil veces más divinos que aquellos que le procurarían sus debilidades".

Comprendemos que en este mundo los principios desempeñan un gran papel. El libertino es "pensativo, concentrado en sí mismo, incapaz de conmoverse por cualquier cosa que pueda suceder". Es solitario, no soporta el ruido ni la risa; nada debe distraerlo; "la apatía, la tranquilidad, el estoicismo, la soledad de sí mismo, he aquí el tono en que le es necesario preparar su alma". Semejante transformación, semejante destrucción de sí mismo no se realiza sin extremas dificultades. *Juliette* es una especie de *Bildungsgrosman*, un libro de aprendizaje donde aprendemos a reconocer la

lenta formación de un alma enérgica. En apariencia, Juliette es, desde el principio, enteramente depravada. Pero, en realidad, no tiene aún sino ciertas inclinaciones y su cabeza está intacta; le queda por realizar un esfuerzo gigantesco pues, como lo dice Balzac, *no está destruido lo que desea*. Sade señala que hay en ese trabajo de la apatía momentos muy peligrosos. Sucede por ejemplo, que la insensibilidad coloca al libertino en tal estado de aniquilamiento que puede en ese instante regresar a la moral: se cree endurecido, no es sino debilidad, presa perfectamente preparada para todos los remordimientos; ahora bien, un solo movimiento de virtud, al revalorar el Universo del hombre y de Dios, basta para arruinar todo su poder; por muy alto que esté, se derrumba, y generalmente, esta caída es su muerte. Por el contrario, si en ese estado de aniquilamiento en el cual no siente hacia los peores excesos sino una repugnancia sin gusto, encuentra un último excedente de fuerza para aumentar esta insensibilidad inventando nuevos excesos que le repugnan aún más, entonces pasará del aniquilamiento a la omnipotencia, del endurecimiento a la voluntad más extrema y "agitado por todas partes", gozará soberanamente de sí mismo más allá de todos los límites.

Uno de los aspectos sorprendentes de Sade y de su destino es que, aunque el escándalo no tenga mejor símbolo que él, todo lo que hay de audacia escandalosa en su pensamiento haya permanecido desconocido tanto tiempo. No es necesario sacar la cuenta de los temas que ha descubierto y que los espíritus más osados de los siglos por venir van a poner toda su audacia en reafirmar: los hemos reconocido en el tránsito y aun nos hemos limitado a volver a encontrar el movimiento de este pensamiento, al considerar en él únicamente los puntos esenciales. Hubiéramos podido igualmente disertar sobre su concepción del sueño, donde ve el trabajo del espíritu convertido en instinto y escapando de la moral del día, en la cual se dan reflexiones por las que se adelanta a Freud, como por ejemplo ésta: "Es en el seno de la madre donde se fabrican los órganos que deben volvernos susceptibles de tal o cual fantasía; los primeros objetos presentados, los primeros discursos escuchados acaban por determinar el impulso: por mucho que haga la educación, no cambiará nada." Existe en Sade un moralista de pura tradición y sería fácil reunir una colección de máximas, frente a las cuales las de La Rochefoucauld parecerán débiles e inciertas. Se le reprocha el escribir mal y, en efecto, escribe a menudo con apresuramiento y con una prolijidad que cansa, pero es también capaz de un humor extraño, su estilo alcanza una jovialidad helada, una especie de fría inocencia en los excesos, que podemos preferir a toda la ironía de Voltaire y que no encontramos en ningún otro escritor francés. Todos esos méritos son excepcionales, pero han sido en vano: hasta el día en que Apollinaire, Maurice Heine o Andre Breton, con su

sentido para adivinar las potencias escondidas de la historia, nos han abierto el camino hacia él, e incluso después, hasta los últimos estudios de Georges Bataille, de Jean Paulhan y de P. Klossowski, Sade, señor de los grandes temas del pensamiento y de la sensibilidad modernas, continúa brillando como un nombre vacío. ¿Por qué? Es que este pensamiento es obra de una locura y ha tenido por molde una depravación ante la cual el mundo ha retrocedido. Además, se presenta como la teoría de esa inclinación, es su calca y pretende trasponer en una visión completa del mundo la anomalía más repugnante. Por primera vez, la filosofía está concebida en pleno día como el producto de una enfermedad⁴ y ha afirmado descaradamente como pensamiento lógico universal un sistema cuya sola caución es la preferencia de un individuo aberrante.

Es este otro de los rasgos fuertes de Sade. Podemos decir que ha realizado su propia explicación escribiendo un texto en el cual consigna todo lo que se relaciona a lo que lo obsesiona y en el cual busca cierta coherencia, y cuál es la lógica de sus observaciones obsesivas. Pero, por otra parte, es el primero que ha probado orgullosamente que de cierta manera personal e incluso monstruosa de conducirse podía extraerse, con pleno derecho, una visión del mundo bastante significativa para que grandes espíritus, exclusivamente preocupados en buscar el sentido de la condición humana, no hayan hecho otra cosa que reafirmar las principales perspectivas y apoyar su validez. Sade tuvo la audacia de afirmar que al aceptar intrépidamente los gustos singulares que tenía y al tomarlos como punto de partida y principio de toda razón, daba a la filosofía el fundamento más sólido que hubiese podido encontrar y se ponía en posición de interpretar de una manera profunda la especie humana en su conjunto. Semejante pretensión ya no está hecha seguramente para espantarnos, pero reconozcámoslo, empezamos sólo ahora a tomarla en serio, y durante mucho tiempo bastó para alejar del pensamiento de Sade incluso a aquellos que se interesaban en Sade.

¿Qué fue él, en principio? Una excepción monstruosa, completamente fuera de la humanidad. "La singularidad de Sade, decía Nodier, está en haber cometido un delito tan monstruoso que no se le podía caracterizar sin peligro." (Lo cual ha sido de una cierta manera, en efecto, una de las ambiciones de Sade: ser inocente a fuerza de culpabilidad; romper para siempre, por sus excesos, la norma, la ley que hubiera podido juzgarlo.) Otro contemporáneo, Pitou, escribe también de una manera espantosa: "La justicia lo había relegado a un rincón de la prisión, dándoles a todos los detenidos el permiso de deshacerse de ese fardo." Cuando, en seguida, reconocemos en él una anomalía propia de algunos, nos hemos apresurado a encerrarlo en esa aberración innombrable a la cual no podía convenir sino

⁴ Sade no siente ningún pesar para reconocerlo: "El hombre, dotado de gustos singulares, es un enfermo."

ese nombre único. Incluso más tarde, cuando de esta anomalía de Sade se ha hecho un mérito, cuando se ha visto en él un hombre lo bastante libre para haber inventado un saber nuevo y, de todas maneras, un hombre excepcional tanto por su destino como por sus preocupaciones, cuando finalmente hemos visto en el sadismo una posibilidad que concierne a toda la humanidad, continuamos descuidando el pensamiento propio de Sade, como si estuviéramos más seguros de que había mayor originalidad y autenticidad en el sadismo, que en la manera en la cual el mismo Sade hubiera podido interpretarlo. Ahora bien, si miramos eso con mayor atención, encontramos que este pensamiento es esencial y que en medio de las contradicciones entre las cuales se mueve, nos aporta, sobre el problema que ilustra el nombre de Sade, unas visiones más significativas que todas aquellas que la reflexión más ejercitada y mejor esclarecida nos hubiera permitido concebir hasta ahora. No digamos que este pensamiento sea viable. Pero nos muestra que entre el hombre normal que encierra al hombre sádico en un callejón sin salida y el sádico que hace de este atolladero una salida, es éste el que sabe más sobre la verdad y la lógica de su situación y el que tiene la inteligencia más profunda de ello, al punto de poder ayudar a que el hombre normal se comprenda a sí mismo, ayudándole a modificar las condiciones de cualquier comprensión.